

en la confluencia de los ríos Grande y Chama, forjaron las primeras rimas de su propia música, en la que se entrelazaban las grandes tradiciones medievales hispanas, mozárabes y latinas así como los ritmos, danzas y bailes de Mesoamérica. El 30 de abril se interpretó por primera vez en el Nuevo México la música sagrada y también aquella que acompaña la danza de moros y cristianos.

Una vez establecido el Nuevo México colonial, los pobladores novohispanos del río Grande del Norte, ya fueran españoles o indios, permanecieron en un estado del aislamiento relativo por años. Durante la rebelión de los indios pueblo, en 1680, sus herederos tuvieron que refugiarse en Paso del Norte, una misión a 500 kilómetros de distancia de Santa Fe, en la frontera con la Nueva Vizcaya. Al darse la reconquista, en 1692, regresaron con el capitán Vargas y se volvieron asentar y refundaron comunidades en aquel entorno duro, seco, agobiante, pero hermoso. Al final se adaptaron a la tierra y ésta los aceptó. Luego de cien años de la entrada de Oñate, quedó claro que Nuevo México no era la cornucopia de oro y plata con la que soñaron los conquistadores quienes, al fracasar, abrieron la puerta a los colonos que, exitosamente, buscaron ha-

cer su vida como modestos gambusinos, labradores y pastores.

Los nuevomexicanos enfrentaron la llegada del siglo XVIII satisfechos con cubrir sus necesidades y capotear las inclemencias del clima y de la región con la mayor habilidad posible. Tuvieron éxito y sobrevivieron creando una cultura rústica y bucólica, no exenta de honesta humildad. Allí florecieron las notas y las tonadillas del lejano México, así como los sonidos de las vihuelas, las guitarras, algún armonio, los sonoros teponaxtles y las agudas chirimías; todas unidas a las voces indígenas y mestizas que, desde entonces, entonaron temas para Dios, la mujer, el amor, el paisaje y los recuerdos. Esta mezcla generó desde muy temprano una música con un estilo que recordaba a la España renacentista, a la Nueva España gallarda y vivaz, y a los cantos de los nativos en un mestizaje abigarrado. La coexistencia con los apaches, comanches, hopis, zunis, tihuas y teguas produjo, con el paso del tiempo, una superposición cultural mayor. Los nuevomexicanos acabaron por ser un caldero para diversas herencias que sobrevivió por generaciones. El caldero hirvió doscientos años antes que el mundo sajón, generando una tradición que abrevó en fuentes castellanas,